

PÁJAROS DE MAL AGÜERO

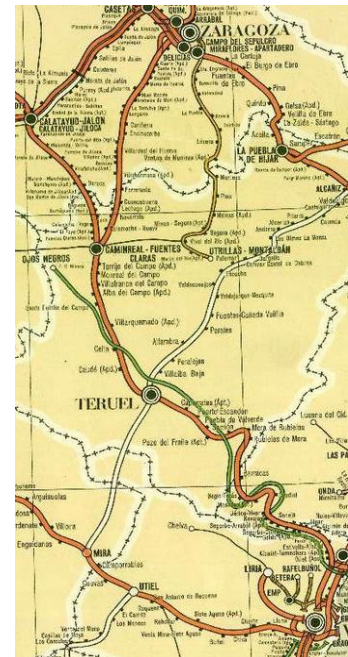
MIGUEL MENA

Por primera vez en los últimos setenta años, Leonardo Viver se atrevió a salir de su casa sin encajarse la boina. Había tomado la determinación de matarse y pensó que en los grandes acontecimientos hay que presentarse con la frente despejada. Sólo se arrepintió un poco al dejar su vivienda, en las afueras de Daroca, y notar en el cogote que el cierzo de noviembre soplaba con un frescor más que otoñal.

Empujado por el viento, Leonardo enfiló la carretera regional A-211 por el lado de la izquierda, como manda la Dirección General de Tráfico. En teoría, un suicida debería haber caminado por el centro de la calzada para dejarse arrollar por un camión, pero él había elegido otro método para entrar en la eternidad, y además el tráfico era tan escaso a esas horas que ni siquiera encontraría voluntarios para atropellarlo.

En ese preciso instante, una bandada de grullas surcó el cielo siguiendo su misma dirección. Leonardo no prestó atención al griterío de las aves, ni le importó que al frente de la formación volara una grulla llamada Hildegart¹ –eso estaba escrito en la anilla que colgaba de una de sus patas–, cuyos movimientos eran controlados por un biólogo desde un laboratorio al norte de Europa. La grulla espía no emitió ninguna señal ante la presencia de Leonardo. Él no era un depredador, sino un anciano todavía robusto, retirado contra su voluntad tras más de sesenta años de actividad agrícola, beneficiario de una pensión que en pesetas era miserable y en euros daba vergüenza hasta nombrada.

Cuando las grullas acabaron de pasar, perdiéndose con su escándalo camino de Gallocanta, Leonardo llegaba al punto donde la carretera se cruzaba con las vías del tren, a cincuenta metros escasos de la estación darocense². Allí se detuvo y echó un vistazo a su alrededor: nadie en el paso a nivel, nadie en el andén, nadie en varios kilómetros a la redonda. Después de sopesar varias posibilidades, decidió extender su manta sobre las vías a un par de metros de la carretera; en ese punto había menos piedras y las traviesas tenían mayor anchura, y él prefería esperar su cita con la muerte tumbado sobre la madera, mejor que machacándose la espalda sobre el balasto.



1.- Las grullas que estacionan en la laguna de Gallocanta proceden sobre todo de Centroeuropa y los países nórdicos, pero también de Rusia. Hildegarda es un nombre relativamente común en Alemania. Observa la personificación de las grullas a lo largo de todo el relato.

2.- **Darocense** es el gentilicio de Daroca. Por allí pasa una antigua línea de tren (Calatayud-Caminreal), que funcionó hasta 1984, como se dice en el cuento un poco más adelante. Que esa línea ya esté desmantelada es fundamental para que el relato tenga sentido.

Volvió a añorar la boina cuando apoyó la cabeza sobre el raíl y lo sintió frío. Usó la manta para arrebujarla un poco por un extremo y tener así algo parecido a una almohada. En eso estaba cuando escuchó el ruido de un motor. No le llegó antes la vibración del camino de hierro que tenía bajo la oreja porque no se aproximaba un expreso, ni siquiera un mercancías, sino la furgoneta del panadero que subía por la autonómica 211 para proceder al reparto por los pueblecitos de alrededor. El vehículo pasó a su altura sin detenerse, pero unos metros después lo hizo con un frenazo en seco y luego retrocedió marcha atrás hasta las vías. De esa forma, el repartidor pudo comprobar que el bulto que había observado con el rabillo del ojo, y que le había hecho detenerse tan bruscamente, no era un cadáver, sino un ciudadano que en ese momento espantaba a un insecto que revoloteaba a su alrededor y cuya cara reconoció al instante.

—¿Qué haces ahí, Leonardo?! —exclamó el panadero mientras descendía de la furgoneta.

—Voy a matarme.

—¿Cómo? ¿De reuma? Por aquí no circula un tren desde hace años.

—He tenido una revelación: volverá a pasar otro y yo me iré con él para siempre.

El panadero pensó que estaban atontando a los abuelos con tanto centro cultural, tanta gimnasia de mantenimiento y tanta excursión a Benidorm, pero prefirió no discutir con él y se limitó a regalarle una hogaza para que se entretuviera con algo mientras permanecía allí. Teniendo en cuenta que aquella línea ferroviaria había cerrado en la primavera del 84, pensó que Leonardo moriría antes de un empacho de miga que arrollado por un convoy. Pero le impresionó su determinación y no dejó de contarle en cada una de las localidades por donde pasaba. No importaba lo que pidieran sus clientes de Orcajo, Balconchán o Valdehorna³; para todos tenía el mismo mensaje:

—Dame dos barras.

—Leonardo Viver se ha tumbado en las vías del tren —recitaba mientras servía el pedido.

—Esa tan tostada no me la des.

—Ha tenido un sueño; dice que volverá a pasar un tren por ahí y va a aprovechar para suicidarse —insistía mientras cambiaba el pan.

—La última vez que pasó un tren por Daroca, tú aún vendías pan de verdad y no esto que sabe a goma.

Varios coches circularon después por el antiguo paso a nivel y todos pisaron el freno con parecida energía. Leonardo, que se había adormilado, tuvo que quitarse de encima a un turista, un ornitólogo de Toulouse, que se precipitó a hacerle la respiración boca a boca. Entre forasteros y gente de la comarca, acabaron juntándose más de diez coches, cuyos ocupantes discutían si era lícito consentir que el viejo permaneciera en medio de aquella vía muerta.

Mientras tanto no paraban de pasar grullas. Cruzó una bandada procedente de Cracovia, otra que había despegado de las inmediaciones de Kaunas y una de origen finlandés que venía guiada por una grulla vieja con problemas de orientación: se habían extraviado varias veces y tuvieron que abortar un aterrizaje masivo en Sariñena⁴ al comprobar que se confundían de laguna. Cuando pasó esta última, la más silenciosa, porque con el agotamiento del rodeo a los

3.- Pequeños pueblos muy próximos a Daroca. Ninguno alcanza los 50 habitantes. Tienes un mapa al final del relato.

4.- La laguna de Sariñena se encuentra en la comarca oscense de Monegros, mucho más al norte.

pájaros no les apetecía gritar, uno de los automovilistas que intentaba disuadir a Leonardo utilizó su teléfono móvil para pedir ayuda.

La pareja de la guardia civil estaba haciendo el amor cuando llegó el aviso. La sargento encima –no por el escalafón, sólo porque le gustaba más de esa manera– y el cabo debajo, cumpliendo a la perfección las órdenes de la superioridad:

–¡Así, así, así!

Sin embargo, estuvo a punto de jugarse el ascenso cuando sonó el teléfono y, por reflejos profesionales, echó mano a la mesilla con demasiada celeridad.

–Mi sargento, hay un hombre tendido en la vía.

–¡Sigue, sigue, sigue!

–Vale, que ahora iremos –respondió al que llamaba, y colgó rápido para completar el trabajo que tenía entre manos.

Cuando llegaron al lugar de los hechos, Leonardo yacía rodeado de un centenar de personas. Con las manos sobre el pecho y los ojos cerrados, daba una cabezadita ajeno a las discusiones que se multiplicaban en torno a él. Unos pedían que fuera retirado de allí a la fuerza por el mal ejemplo que daba a la juventud. Otros, respetando su voluntad, proponían llevarlo hasta Calatayud, donde incluso podría elegir entre un Talgo, un Intercity o un regional para perecer a gusto. Los más pacíficos curioseaban por la vieja estación, bajo el porche de hierro que había perdido su color, roído por el óxido; alrededor de las ventanas desvencijadas, junto a lo que había sido el cartel luminoso del andén central y ahora sólo era su esqueleto –alguien había borrado el DAROCA a pedradas–, y adentrándose en las dependencias vacías en cuyas paredes aún quedaban, clavados con chinchetas calendarios con fecha del año de la clausura.

La sargento se hizo rápidamente con el control de la situación. Obligó a retirarse a quienes atosigaban al anciano y conminó a Leonardo para que se incorporara: debía acompañarles al cuartelillo para declarar por su extraña actitud. El viejo no se inmutó. La benemérita lo hubiera levantado a la fuerza de no haber sido por un grupo de espontáneos que, a gritos, armando mucho alboroto, exigió respeto a los derechos humanos.

–Un hombre puede tumbarse donde le salga de las narices –exclamó uno de los más exaltados.

–Mejor estaríais buscando al *Lute*⁵ –gritó otro que llevaba el reloj atrasado varios siglos.

Pasaba por el cielo una bandada de grullas chillonas, con acento danés, cuando la mujer de verde, ante el cariz que tomaban los acontecimientos y la falta de instrucciones para intervenir en un intento de suicidio sin posibilidades de prosperar, decidió que era el momento de trasladar la responsabilidad a la autoridad civil: mandó aviso al ayuntamiento y se lavó las manos.

El alcalde llegó poco después. Había sido advertido del gran gentío que se congregaba en el lugar, así que se hizo acompañar por una brigadilla de peones municipales que arrastraban el estrado móvil que solía usar para inauguraciones, discursos y mítines.

5.- Eleuterio Sánchez, *El Lute*, fue un delincuente salmantino de los años sesenta, de humilde extracción social, conocido por sus numerosas condenas tanto como por sus célebres huídas. En la cárcel aprendió a leer y escribir y llegó a titularse en Derecho. Posteriormente incluso escribió sus memorias (*Un día seré libre*). Se rodaron un par de largometrajes sobre su azarosa vida.

–Ponedlo aquí mismo –indicó la máxima autoridad municipal, señalando el punto exacto donde la carretera coincidía con las viejas vías.

Los curiosos que se arremolinaban alrededor del presunto suicida se abrieron a uno y otro lado para que el alcalde pudiera dirigirse a él.

–Querido convecino –arrancó el munícipe–, aunque las leyes no digan nada al respecto, tu actitud es motivo de discordia y deberías recapacitar por ello.

–¡Vete a casarla! –argumentó Leonardo.

El alcalde no soportaba que lo interrumpieran.

Montó en cólera, bajó de la tarima portátil, ordenó el repliegue de su equipo y retornó hacia la casa consistorial. Estaba dispuesto a contactar con RENFE: les pediría que engrasaran el cambio de agujas en Caminreal para desviar el automotor de Teruel por el antiguo enlace, llevándolo hasta Daroca para dar un escarmiento a aquel viejo tozudo.

–No lo haga, jefe –dijo su asesor burocrático–; piense que entonces se cumpliría la revelación de Leonardo, la gente lo tomaría por santo y nos montarían un santuario en la antigua estación.

–Pues con más motivo; eso atrae al turismo.

–Nada. Viejas y lisiados que sólo consumen escapularios y agua bendita. No compensa, de verdad.

Y en esa discusión estaban cuando empezaron a escuchar el rugido de motores, acelerones, frenazos, chirriar de ruedas e incluso las palas de un helicóptero.

Todos tuvieron claro que aquel escándalo no podía significar otra cosa que la llegada de los medios informativos. Y así era.

Habían tardado lo que se tarda en encontrar en los mapas aquel lugar remoto, dejado de la mano del gobierno, pero al fin estaban en su sitio, allí donde se hallaba la noticia. Unos venían de Zaragoza, otros, de Teruel, y los del helicóptero, directamente desde Madrid. Llegaban con indicios confusos de lo que les había llevado hasta allí:

–¿Puede decirme dónde ha sido la aparición milagrosa? –preguntaba uno de Radio Mai.

–¿Sabe algo del platillo volante? –demandaba otro de Crónica Universal.

–¿Qué hay del fenómeno de alucinación colectiva? –indagaba el cámara de Antena Ebro.

Al personarse en el lugar de los hechos y comprobar el verdadero motivo de la concentración, más de uno pensó que necesitaría mucho maquillaje para adornar una noticia que aún carecía de lo básico para serio: sangre o sexo. Pero al menos contaban con una multitud y ahí siempre hay algo que rascar.

Los coches se detenían por inercia al ver muchos otros estacionados. De haber sido agosto, habrían pensado que era una romería. Al ser noviembre y observarse varias unidades móviles, la mayoría deducía que se trataba de una tragedia, una inauguración o el atasco originado por la operación asfalto. Cuando conocían el verdadero motivo del tumulto, unos lo tomaban por una provocación, otros, por un desafío, y alguno también creía que era un concurso de cámara oculta, aunque había unas veinte cámaras perfectamente visibles, pero eso tampoco garantiza que exista alguna con trampa. Por unas cosas o por otras, todos se enganchaban a la discusión y de allí no se movía nadie.

Leonardo estuvo más atento con los medios de comunicación que con las autoridades.

Contó en todas las entrevistas cómo había sido su sueño, la claridad con que se le había aparecido un tren y con él la revelación de que era precisamente ése el que debía tomar hacia la eternidad.

—¿Y por qué no se suicidó usted hace quince años, cuando todavía circulaban algunas unidades por aquí? —le preguntó un reportero con fama de incisivo.

—No me quería morir sin ver la cara de arrancanabos que tenéis algunos periodistas.

Ningún informador recogió los exabruptos de Leonardo al conectar con sus respectivos medios. Unos hablaron de un enfermo, otros de un visionario, los más se atrevieron a calificar al viejo como un agitador que había sembrado la incomodidad en toda la comarca. El reportero incisivo entrevistó a un psiquiatra, reclutado por él para analizar el caso, y el especialista diagnosticó un cuadro esquizoide asociado con una tendencia exhibicionista.

—Estos casos suelen traer malos presagios —sentenció.

La presencia de Leonardo sobre aquellas vías sin tren no dejaba indiferente a nadie. Era imposible pasar por allí sin detenerse. A todos se les iba la vista hacia aquel hombre que esperaba plácidamente un convoy que no llegaría nunca. Sólo las grullas pasaban indiferentes, en oleadas que oscurecían el cielo unos segundos.

La afluencia de curiosos no cesaba. El cura de Val de San Martín⁶ se presentó con intención de practicar un exorcismo, creyendo que aquello era obra del demonio.

El capitán del club de fútbol local se ofreció a organizar un partido benéfico. La asociación de amas de casa le hizo llegar una tortilla de patata que Leonardo repartió entre todos los asistentes.

—Lo mejor que podéis hacer es apartaros —insistió ante quienes le rodeaban—. En cualquier momento aparece el tren y os venís conmigo al otro barrio.

Llegó un punto en que parte de la concurrencia comenzó a dar síntomas de cansancio. Aquello no evolucionaba, por lo que muchos de sus detractores, y también algunos de sus partidarios, se hartaron de discutir sobre el libre albedrío y la eutanasia, observaron sus relojes con cara de aburrimiento y empezaron a disolverse.

Se retiró un grupo de naturalistas que llevaba el mismo rumbo que los pájaros.

Desaparecieron los comerciantes de la zona, que habían intentado vender algo durante el tumulto.

Marchó de allí una pequeña representación de ferroviarios jubilados; los únicos que contemplaron el incidente como un suceso romántico.

Se fueron los turistas y los vecinos; hombres y mujeres que habían pasado de la emoción al desengaño.

A un niño se le vio tirar de la manga a su abuelito, mientras le pedía que volvieran al día siguiente para ver si las hormigas se habían comido al señor que seguía tumbado.

Al fin Leonardo se quedó como estaba antes de que el panadero extendiera la voz de alarma: solo y en silencio, convencido de su sueño y aliviado por recuperar la paz.

Por la izquierda llegaba un vientecillo fresco, señal de que se habían dejado abierto el túnel de Villafeliche⁷.

En pleno atardecer, cuando la oscuridad tomaba posiciones sobre la comarca, un avión

6.- Municipio muy próximo a Daroca, hacia el sur.

7.- Otra población, al norte de Daroca, por la que transitaba la antigua vía del tren.

procedente de Madrid y con destino Zaragoza, al ir perdiendo altura en busca de la capital, colisionó con una bandada de grullas sobre la vertical de Used⁸. Las aves debían haber volado unos cuantos kilómetros a su izquierda, pero la grulla guía se empeñó en ir por Used. El comandante de la nave, después de un zarandeo, consiguió hacerse con el control, pero el choque había producido unos chispazos en los bajos y en ese momento ardía el tren de aterrizaje. Si el caucho de las ruedas se inflamaba, no tendrían salvación. El piloto sabía lo que debía hacer. No tenía otra opción. Apenas le costó un segundo apretar el botón de emergencia que permitía desprender el tren de aterrizaje, soltarlo del fuselaje cuando por alguna circunstancia se considerara un lastre. Y aquel tren en llamas se precipitó en picado sobre la vía donde el viejo se había quedado a solas con sus visiones. Leonardo lo vio venir con la extrañeza de quien no espera recibir a nadie por ese camino, y apenas tuvo tiempo de murmurar su enfado:

—O sea que era esto. ¡Pues vaya engaño!

Los pasajeros de aquel vuelo dijeron algo más, y más alto, cuando el comandante confirmó la gravedad del incidente. También anunció que en cinco minutos intentaría aterrizar en Zaragoza, deslizándose sobre la panza, con la ayuda de los bomberos, de protección civil y del dios al que los viajeros preferían encomendarse.



8.- Otra localidad próxima, esta hacia el oeste, equidistante entre Daroca y la laguna de Gallocanta. La puedes ver en la parte inferior izquierda del mapa.